

Heberto Castillo y la omisión de los movimientos sociales en la enseñanza de la Historia

Jorge Alberto Rivero Mora
<https://orcid.org/0009-0009-5263-6469>

Resumen

El ingeniero, científico y académico veracruzano, Heberto Castillo Martínez, es una figura fundamental en la historia social y política en el México del siglo XX. Fue un importante líder opositor, comprometido desde joven con las causas populares, que unió el pensamiento crítico con la acción política desde una perspectiva ética. A pesar de su relevancia, su extensa lucha política rara vez se examina en los planes de estudio de historia en las universidades públicas, lo que refleja una visión reducida del pasado reciente que excluye las expresiones colectivas que han cuestionado el orden establecido.

Castillo fue un participante activo en numerosos movimientos sociales, desde el movimiento estudiantil de 1968, por el cual fue encarcelado, hasta la fundación de partidos de izquierda como el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), el Partido Mexicano Socialista (PMS) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Su participación y liderazgo en estos movimientos lo consolidaron como una figura moral de la izquierda mexicana. Precisamente la omisión de líderes como Castillo en la enseñanza universitaria refuerza una visión de la historia centrada en las élites políticas y desvinculada de las luchas populares.

De esta manera, el texto apela a la recuperación de los movimientos sociales y figuras como Castillo en los planes de estudio de Historia, no como un gesto nostálgico, sino como una necesidad crítica para incluir en el análisis histórico las experiencias

y actores que han sido minimizados. Por lo tanto, recuperar el estudio de los movimientos sociales y de líderes como Heberto Castillo, resulta esencial para construir una propuesta crítica que fomente una comprensión más profunda de los vínculos entre la historia y la sociedad.

Palabras clave: Movimientos sociales, Historia social, Historia política y Enseñanza de la Historia.

Abstrac

Heberto Castillo Martínez, an engineer, scientist, and academic from Veracruz, is a pivotal figure in the social and political history of 20th-century Mexico. A prominent opposition leader, committed from a young age to popular causes, he combined critical thinking with political action from an ethical perspective. Despite his significance, his extensive political struggle is rarely examined in public university history curricula, reflecting a narrow view of the recent past that excludes collective expressions that have challenged the established order.

Castillo was an active participant in numerous social movements, from the 1968 student movement, for which he was imprisoned, to the founding of leftist parties such as the Mexican Workers' Party (PMT), the Mexican Socialist Party (PMS), and the Party of the Democratic Revolution (PRD). His participation and leadership in these movements solidified his status as a moral figure of the Mexican left. The very omission of leaders like Castillo from university curricula reinforces a view of history centered on political elites and disconnected from popular struggles.

In this way, the text calls for the reintroduction of social movements and figures like Castillo into history curricula, not as a nostalgic gesture, but as a critical necessity to include in historical analysis the experiences and actors that have been minimized. Therefore, reviving the study of social movements and leaders like Heberto Castillo is essential for constructing a critical approach that

fosters a deeper understanding of the links between history and society.

Keywords: Social movements, social history, political history and the teaching of history.

A manera de introducción

La historia de México durante el siglo XX no puede explicarse sin la relevante acción de los movimientos sociales. Tampoco puede comprenderse sin los actores que, desde la sociedad civil, enfrentaron las estructuras autoritarias, impulsaron procesos democratizadores y sostuvieron luchas por la justicia, la equidad y los derechos humanos en un país caracterizado por lo opuesto. En ese escenario, el ingeniero veracruzano Heberto Castillo Martínez destaca como uno de los protagonistas más relevantes y paradigmáticos de la resistencia social y política en México.

Por lo tanto, la historia de los movimientos sociales en México no puede comprenderse cabalmente sin el reconocimiento de figuras emblemáticas que, con su pensamiento, acción y compromiso ético, han contribuido a transformar el horizonte político y social del país. En este sentido, Castillo representa uno de los ejemplos más relevantes y, sin embargo, más ignorados por la historiografía académica, ya que su extensa lucha rara vez se analiza en los planes de estudio de la carrera de Historia en universidades públicas.

Castillo no fue únicamente un brillante científico y catedrático universitario; fue, ante todo, en términos de Antonio Gramsci, un intelectual orgánico, comprometido con las causas populares, que articuló pensamiento crítico con acción política desde una perspectiva profundamente ética. Su participación en distintos movimientos sociales –desde la defensa de las libertades democráticas hasta la lucha estudiantil, el impulso de proyectos de izquierda y la oposición pacífica al autoritarismo priista– lo posiciona como un referente histórico de la resistencia civil y la disidencia política en el México del siglo XX.

Lo mismo sucede con muchos de los movimientos sociales de los que formó parte o a los que apoyó a finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta. Esta omisión es sintomática: revela una visión reducida del pasado reciente, dominada por los grandes acontecimientos oficiales y por las trayectorias de las élites políticas, y que excluye las expresiones colectivas que han cuestionado y modificado el orden establecido.

Su marcado activismo y su papel como líder en el movimiento estudiantil de 1968, por el cual fue injustamente encarcelado, evidencian no solo su arrojo personal, sino su capacidad de articular alianzas entre sectores sociales diversos –académicos, estudiantes, obreros, campesinos– que fueron fundamentales para la emergencia de una cultura política alternativa en un régimen autoritario. Tras su liberación, su impulso a la fundación de los Partidos Mexicano de los Trabajadores; Mexicano Socialista y de la Revolución Democrática (PMT, PMS y PRD respectivamente) lo consolidó como figura moral de la izquierda mexicana, cuyo legado sigue vigente en las luchas democráticas actuales.

Con base en lo anterior, recuperar al líder opositor en los planes de estudio de la carrera de Historia no responde a un mero guiño nostálgico o celebratorio, sino a una necesidad crítica: reintegrar al análisis histórico las experiencias, actores y procesos que han sido sistemáticamente minimizados e incluso invisibilizados por la historiografía oficial. Y es que la exclusión de estos referentes en la enseñanza universitaria refuerza una visión limitada del pasado, centrada en las élites e instituciones políticas y desconectada de los procesos de organización y luchas populares que han moldeado la Historia de México.

Desestimar el análisis de los movimientos sociales en México y de algunos de sus protagonistas, como Heberto Castillo, desalienta la reflexión del pasado reciente y por consiguiente de nuestro presente. Por ello, incorporarlo –junto con otros líderes y movimientos– al estudio de la historia nacional es también una apuesta por una pedagogía crítica, que estimule a los estudiantes a crear una mirada crítica frente a los relatos oficiales

y una comprensión más profunda de los vínculos entre historia y sociedad.

En esta dirección, el orden de exposición del presente texto es el siguiente: primeramente, esgrimiré las razones para atender a los movimientos sociales en los planes de estudio de la carrera de Historia. Posteriormente y desde una postura interdisciplinaria haré un breve repaso de algunas vertientes de análisis de dicha categoría y, finalmente, rescataré la obra y legado del Ingeniero Castillo como líder de movimientos sociales y de fuerzas partidistas de oposición en México.

Los movimientos sociales como objeto de estudio histórico

El estudio de los movimientos sociales en el terreno histórico permite una comprensión profunda de las tensiones, contradicciones y procesos de transformación que configuran a las sociedades contemporáneas. Por lo tanto, muy lejos de ser meros episodios de protesta o de catarsis, los movimientos sociales constituyen expresiones complejas de acción colectiva que emergen en contextos de exclusión, desigualdad o represión, y que buscan incidir activamente en la esfera pública y en los procesos de cambio político y cultural (Tilly, 2010).

Desde esta perspectiva, la incorporación de los movimientos sociales en los planes de estudio de la licenciatura en Historia no solo es adecuada, sino necesaria, ya que el análisis histórico de dichos fenómenos colectivos permite problematizar la relación entre Estado y sociedad; visibilizar actores históricamente marginados y entender cómo las luchas sociales han sido fundamentales en la construcción de derechos y ciudadanía. En el caso mexicano, resulta imposible explicar procesos históricos coyunturales –como las alternancias políticas, las reformas agrarias, las resistencias indígenas o la defensa del medio ambiente– sin atender el papel que jugaron en dichos procesos movimientos como el magisterial, el feminista, los estudiantiles, el zapatista o las víctimas de violencia estatal (Bartra, 2013).

Los movimientos sociales, como parte de la sociedad civil, han tenido un papel crucial en los procesos de democratización en México que lograron su momento climático en el año 2000, con la derrota presidencial del PRI, aunque estos hayan sido frecuentemente incompletos o frustrados por mecanismos de cooptación, represión o simulación institucional. Sin embargo, en dichos procesos, diversas movilizaciones sociales lograron abrir cauces de participación ciudadana, cuestionar modelos de desarrollo económico, impugnar y resistir prácticas autoritarias y resignificar la esfera de lo público.

No obstante, conviene subrayar que la sociedad civil no es un actor homogéneo: en ella confluyen múltiples sujetos sociales –empresarios, trabajadores, pueblos originarios, estudiantes, intelectuales, medios de comunicación, partidos políticos– con intereses y agendas frecuentemente contradictorias y por ende conflictivas (Cohen & Arato, 2000).

Históricamente, las ciencias sociales han sido pioneras en la construcción de marcos teóricos y metodológicos para el estudio de los movimientos sociales. En este sentido, la Sociología, en particular, ha desarrollado modelos explicativos que han influido en otras disciplinas, como la Ciencia Política, la Antropología y, en menor medida, la Historia. Es precisamente la escasa presencia y poca atención en esta última disciplina que se impide una comprensión de largo aliento sobre las formas en que estos movimientos han moldeado estructuras sociales, simbólicas e institucionales a través del tiempo.

Entre los principales enfoques analíticos sociológicos destacan dos grandes corrientes: la estructural-funcionalista y la accionalista. La primera, representada por Neil J. Smelser, entiende a los movimientos sociales (o comportamientos colectivos como los denomina) como respuestas anómicas a disfunciones del sistema social, que deben ser absorbidas o institucionalizadas para mantener el orden. Este enfoque privilegia las estructuras por encima de los sujetos, y tiende a ver la acción colectiva como irracional, reactiva y transitoria (Smelser, 1995).

Sí bien, esta perspectiva resulta operativa en sociedades altamente institucionalizadas como las europeas o estadounidenses, la teoría estructural funcionalista ha sido sumamente cuestionada por minimizar el potencial transformador de los movimientos sociales, al reducirlos a mecanismos de adaptación social y no como agentes de cambio. En contextos como el mexicano o latinoamericano, caracterizados por regímenes autoritarios y con pocos atributos democráticos, este enfoque resulta limitado para comprender el papel activo de los movimientos en la confrontación del poder.

En contraste, la corriente accionalista, representada por Alain Touraine (1981), Alberto Melucci (1999) y Manuel Castells (1997), sitúa en el centro del análisis a los sujetos y sus prácticas. En este enfoque, los movimientos sociales son portadores de proyectos colectivos que articulan identidad, acción estratégica y construcción de sentidos, lo cual les confiere una dimensión cultural y simbólica, además de política. (Alfie, 1995).

Desde esta perspectiva, los movimientos no son simples reacciones coyunturales ante las crisis, sino actores que buscan transformar las condiciones estructurales que los afectan. Su capacidad de organización y de gestión, su construcción de una identidad colectiva y su uso de símbolos, redes y repertorios de acción conforman una fuerza contra hegemónica del Estado que disputa y adiciona sentidos en la esfera pública (Melucci, 1999). Así, por ejemplo, el EZLN no solo impugnó al Estado mexicano, sino que produjo una narrativa global sobre los derechos indígenas, la autonomía y la dignidad.

En este sentido, la corriente accionalista resulta especialmente útil para la historia de los movimientos sociales en México, ya que permite analizar cómo las acciones colectivas han resistido y desafiado al Estado autoritario, generando avances significativos en materia de derechos humanos, justicia social y democracia participativa (Castells, 1997; Ramírez, 2016).

Desde el campo de la historia, recuperar estas experiencias no solo implica narrarlas, sino interpretarlas críticamente, analizando sus genealogías, formas organizativas, repertorios de acción, imaginarios políticos, legados y contradicciones. De esta manera, examinar a los movimientos sociales es también recuperar memorias silenciadas, resignificar la noción de sujeto histórico e interpelar al presente desde las luchas del pasado.

Por todo lo anterior, se vuelve imperativo que los planes de estudio de la carrera de Historia integren una línea de formación especializada en movimientos sociales, articulando teoría, metodología y estudios de casos de corta, mediana y larga duración, en términos braudelianos. Esto contribuiría no solo a una formación más crítica y contextualizada del historiador, sino también al fortalecimiento de una ciudadanía informada, comprometida y capaz de interpretar las disputas por la democracia, la justicia y la memoria desde una perspectiva histórica- historiográfica. (Pappe, 2001).

Movimientos sociales en México: La disidencia al autoritarismo

A diferencia de los partidos políticos, cuya finalidad central es la conquista del poder institucional, los movimientos sociales no necesariamente persiguen dicho objetivo. Su acción se orienta más bien a la defensa de intereses colectivos, la ampliación de derechos o la transformación de estructuras sociales específicas (Tarrow, 1997).

En el caso mexicano, resulta clave distinguir entre los proyectos político-partidistas –como el neocardenismo de las décadas de 1980 y 1990 o el obradorismo de los últimos cinco lustros– y los movimientos sociales autónomos que, sin aspirar al poder formal, han tenido una influencia transformadora en el orden político y simbólico. Ejemplos de lo anterior son el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que denunció el olvido histórico y la represión sistemática de los pueblos indígenas (Díaz-Polanco, 1997) o el movimiento feminista, que ha reivindicado de manera sostenida la justicia de género y los derechos de las mujeres (Lagarde, 2005).

Es importante señalar que, durante la primera mitad del siglo XX, los movimientos sociales en México no emergieron como fuerzas ciudadanas autónomas, sino como escisiones o fracturas del propio aparato político hegemónico, ya fuera el Partido Nacional Revolucionario (PNR), el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), o el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Estos gobiernos articularon un Orden Nacionalista Revolucionario que combinó partido de Estado, presidencialismo autoritario, corporativismo sindical, clientelismo y un discurso de legitimación histórica desde la ideología de la Revolución Mexicana (Camp, 2007).

Esta configuración bloqueó por décadas la emergencia de movimientos sociales independientes, subordinando a campesinos, obreros y otros sectores populares a través de estructuras corporativas que, si bien ofrecían beneficios materiales, también coartaban su autonomía. No obstante, en distintos momentos coyunturales, esta lógica de control fue desafiada por movimientos sociales que, en muchos casos, fueron brutalmente reprimidos por el Estado.

Entre los movimientos sociales más destacados se encuentran el movimiento ferrocarrilero de 1958, encabezado por Demetrio Vallejo y Valentín Campa; el movimiento magisterial del mismo año, liderado por Othón Salazar; el movimiento cívico navista en San Luis Potosí (1961); la huelga médica de 1965; y el movimiento estudiantil de 1968, que marcó un punto de inflexión en la relación entre sociedad civil y Estado (Rivero, 2000). La represión alcanzó su expresión más violenta con la masacre de Tlatelolco, lo que reveló el carácter autoritario del régimen y su incapacidad para canalizar la disidencia de manera institucional y democrática.

La década de los setenta también vio el surgimiento de la lucha armada, tanto en zonas rurales como urbanas que pusieron en alarma al Estado autoritario del presidente Luis Echeverría. Así, la guerrilla rural en el estado de Guerrero, encabezada por los maestros normalistas, Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, así como la guerrilla urbana de la *Liga Comunista 23 de septiembre*, constituyeron formas extremas de oposición ante el cierre de los

cauces institucionales de participación y justicia social idealizados por el discurso gubernamental (Cedillo, 2010).

En los años ochenta y noventa, la combinación de factores económicos, sociales y políticos provocó una revitalización de los movimientos sociales. Por un lado, el agotamiento del modelo nacionalista-revolucionario estimuló la adopción del modelo neoliberal impulsado por los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari, quienes privilegiaron a una clase tecnocrática formada en universidades extranjeras, no identificada con el partido oficial y simpatizante de la desregulación del mercado, la apertura comercial y la privatización de bienes públicos (por ejemplo, Carlos Salinas, Ernesto Zedillo, Pedro Aspe o Luis Donald Colosio).

En ese contexto, el sismo de 1985 en la Ciudad de México se convirtió en un punto de inflexión de la sociedad civil, ya que la inoperancia del gobierno federal para atender la catástrofe permitió que emergieran de forma espontánea redes de solidaridad vecinal, organizaciones civiles y comités ciudadanos, que pusieron en evidencia la autonomía de la sociedad frente al Estado (Monsiváis, 2005).

En este escenario, se dieron expresiones de descontento político en diversos estados de la República como Chihuahua, San Luis Potosí y Oaxaca, donde la oposición denunció fraudes electorales. La crisis de legitimidad se agravó mayúsculamente con el fraude electoral de 1988 que impidió el triunfo del candidato opositor, Cuauhtémoc Cárdenas, lo que orilló al presidente Carlos Salinas a ejecutar acciones espectaculares y neopopulistas para legitimarse ante la opinión pública.¹

¹ El encarcelamiento del poderoso cacique sindical petrolero, Joaquín Hernández Galicia La Quina, la alianza política con el Partido Acción Nacional (PAN) que se conocieron como "concertaciones"; el derroche de recursos económicos con el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol).

Si bien el gobierno de Salinas, recuperó posiciones en las gubernaturas y en la composición de las Cámaras mayoritariamente priistas, el ambiente de oposición al régimen llegó a su clímax con la irrupción armada del EZLN el 1º de enero de 1994 –justo el día de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)– lo que representó una abierta denuncia a los efectos devastadores del proyecto neoliberal del PRI y la exclusión histórica de los pueblos originarios (EZLN, 2010).

Desde entonces, en México se gestaron lo que Claus Offe denominó nuevos movimientos sociales (Offe, 1992), caracterizados por sus demandas valorativas, descentralizadas y postmaterialistas: movimientos ambientalistas, de género, por la diversidad sexual, por la memoria, por la defensa del territorio o por los derechos de las víctimas de violencia. Aunque fragmentados, estos movimientos evidencian una sociedad civil activa que continúa disputando sentidos, derechos y espacios frente a un Estado que, en muchos casos, sigue operando bajo lógicas autoritarias o neoliberales.

En este convulso escenario, la figura de Heberto Castillo emerge como una referencia ética y política imprescindible. Intelectual, ingeniero, luchador social y fundador del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), Heberto participó activamente en el movimiento estudiantil de 1968 y fue uno de los más lúcidos críticos del régimen priista. Su compromiso con la democracia, la justicia social y la construcción de una izquierda independiente lo posiciona como un puente entre la lucha social y la construcción de alternativas políticas (Castillo, 1987). A diferencia de otros actores políticos, Castillo supo moverse entre el activismo de base y la institucionalidad, sin renunciar a sus principios. Recuperar su legado implica reconocer que la historia de los movimientos sociales en México no solo ha sido una historia de resistencia, sino también de propuestas de transformación democrática.

Heberto Castillo: Entre la ciencia y el compromiso político²

En México, la falta de memoria histórica es un fenómeno persistente que afecta los ámbitos político y académico. Y es que, no obstante, el papel fundamental que jugaron en las luchas sociales y democráticas del siglo XX, líderes opositores como el ingeniero Heberto Castillo Martínez han sido relegados a un segundo plano en los relatos oficiales, e incluso en los planes de estudio universitarios. Esta omisión sistemática revela no sólo una omisión lamentable hacia el pasado reciente, sino un alejamiento entre el conocimiento histórico con la construcción de una ciudadanía crítica (Bartra, 2010).

En los planes de estudio de la carrera de Historia en diversas universidades públicas del país, llama la atención la escasa presencia de la categoría de “movimientos sociales” como objeto de análisis. En palabras de Alain Touraine, los movimientos sociales son expresiones colectivas que luchan por el control de los procesos históricos, y, por tanto, su estudio es indispensable para comprender las transformaciones políticas y culturales de una sociedad. Por lo tanto, ignorar estas expresiones de resistencia organizada, y con ellas a sus líderes, es restar profundidad a la comprensión del cambio social (Touraine, 1978)

Desde esta perspectiva, resulta alarmante el desconocimiento en distintos espacios de la figura de Heberto Castillo y sus contribuciones en los espacios en los que se desenvolvió—ingeniero civil, científico, maestro, luchador social, legislador y fundador de partidos de izquierda—, sobre todo que permanezca en gran medida fuera del debate académico e historiográfico, a pesar de haber sido un protagonista clave en los procesos de democratización del país (Meyer, 2000).

² Sobre su vida y legado, resulta relevante explorar la página web de la Fundación Heberto Castillo AC, que se fundó en 1997, para divulgar su legado a través de sus principales escritos. Véase <https://2022.fundacionhebertocastillo.org/>. De igual manera, consultese (Rivero, 2018).

Este olvido es aún más llamativo si se considera el contexto político actual, marcado por el discurso de gobierno que se asume como la Cuarta Transformación que, paradójicamente, ha optado por recuperar el ideario de la izquierda sin necesariamente reivindicar a sus más destacados exponentes históricos.

Heberto Castillo nació en el municipio de Ixhuatlán de Madero, Veracruz, el 23 de agosto de 1928, al interior de una familia de clase media, en un contexto nacional de enorme tensión política, tras el asesinato del entonces Gral. Álvaro Obregón, en su condición de presidente electo, tras reelegirse en las elecciones federales de dicho año. En dicha región veracruzana realizó sus estudios de educación básica. Sin embargo, en su adolescencia, se trasladó a la Ciudad de México para estudiar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, Número 1.

Años después, en el contexto del polémico presidente Miguel Alemán, de 1947 a 1953, Heberto Castillo, se formó en la carrera de ingeniero civil en la entonces Escuela Nacional de Ingeniería de la UNAM, donde destacó como inventor de la tridilosa, un sistema estructural de gran impacto en la ingeniería mexicana y mundial (Castillo, 1992). Pronto su carrera académica y científica fue reconocida tanto en México como en el extranjero, lo que lo llevó a alcanzar reconocimientos internacionales como un Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad Nacional de Ingeniería del Perú, en 1964.

Pero más allá de su vocación académica. Heberto Castillo encarnó –en el sentido planteado por Max Weber (1919)– la figura ideal del científico comprometido políticamente, que supo ser capaz de vincular el saber técnico con la responsabilidad social, ya que además de ejercer la docencia e investigación, participó activamente en movimientos clave de la segunda mitad del siglo XX, como el movimiento ferrocarrilero y magisterial de 1958, apoyó la Revolución Cubana, y formó parte del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) junto con Lázaro Cárdenas, en 1961 (Castañeda, 1999).

Fue también una figura central del movimiento estudiantil de 1968, al liderar la *Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas*, por lo cual fue encarcelado como preso político. Lejos de abandonar la lucha, fundó en 1974 el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), al lado de destacados luchadores sociales como Demetrio Vallejo, Valentín Campa y Luis Villoro. Su activismo político se extendió a la prensa crítica de la segunda mitad del siglo XX, al colaborar con medios como *Siempre*, el periódico *Excélsior* o la revista *Proceso*, donde publicó regularmente hasta su muerte.

En el terreno electoral y en los procesos de democratización del país, su legado político alcanzó una dimensión histórica cuando, en 1988, declinó su candidatura presidencial por el Partido Mexicano Socialista (PMS) en favor del Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, en un acto que simbolizó la unidad de la izquierda frente al partido oficial. Este gesto generoso y visionario contrasta con el sectarismo que ha caracterizado a muchos sectores de la izquierda mexicana en la historia reciente.

Para los años noventa, como senador y miembro de la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA), Heberto Castillo abogó por una solución política al conflicto entre el Estado mexicano y el EZLN. Sin embargo, su intempestivo fallecimiento, el 5 abril de 1997, significó la pérdida de una de las voces más lúcidas y éticas de la izquierda mexicana contemporánea y de la clase política nacional.

Sirva esta breve retrospectiva histórica, para reflexionar, cómo en los actuales contextos político y académico resulta imprescindible volver la mirada, a figuras a las que urge revalorar en estos momentos críticos de polarización y descomposición políticas. En este sentido, reivindicar al ingeniero, implica algo más que rendir homenaje, supone restablecer una memoria histórica crítica y propositiva que permita a las nuevas generaciones comprender las raíces y trayectorias de los procesos de lucha social en México. Como señala Elizabeth Jelin, la memoria colectiva no es un mero ejercicio de nostalgia, sino una herramienta política y pedagógica para la construcción de ciudadanía (Jelin, 2002).

Los movimientos sociales en la enseñanza de la Historia: Algunas propuestas

Los planes de estudio de la carrera de Historia deben abrir espacio a los movimientos sociales y a figuras emblemáticas de los mismos como el Ingeniero Castillo, no sólo como un personaje biográfico, sino como un relevante sujeto histórico que condensa en su trayectoria y vida personal las tensiones entre ciencia, política, ética y justicia social. Su vida entonces, es testimonio de que el compromiso político unido al conocimiento puede vincularse con la lucha por un país más justo, democrático y solidario y estos son temas relevantes que el historiador actual debe atender.

En el contexto político contemporáneo, marcado por la polarización mediática, la virtualización de los debates públicos y la inmediatez de las redes sociales, la reflexión histórica parece haber cedido terreno frente a las formas mediáticas de la comunicación política. En este escenario, resulta urgente volver la mirada hacia las luchas ciudadanas del pasado reciente, lideradas por figuras ejemplares como el doctor Salvador Nava, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y, especialmente, Heberto Castillo. Estos actores no sólo denunciaron los excesos de un régimen autoritario, sino que articularon propuestas democráticas desde una ética política sólida y comprometida.

Tras su muerte en 1997, su legado ha sido en parte resguardado por la memoria institucional de espacios como la *Fundación Heberto Castillo Martínez AC*, aunque su legado político ha permanecido ausente en muchos de los discursos de la izquierda gobernante, tanto en el sexenio de Andrés Manuel López Obrador como en el periodo actual de la presidenta Claudia Sheinbaum. Este vacío contrasta con el carácter visionario del dirigente opositor, quien desde décadas antes advertía sobre los riesgos de la tecnocracia, la subordinación del Estado a los intereses económicos y la pérdida de la soberanía nacional (Castillo, 1984).

En el actual contexto de la “modernidad reflexiva” (Beck, 2006), caracterizada por la transformación acelerada de las instituciones

y la emergencia de nuevos actores políticos, la cultura política se halla en un proceso amplio y complejo de redefiniciones. Hoy en día las formas tradicionales de militancia conviven con prácticas digitales; las identidades políticas se fragmentan o desvanecen y el desencanto ciudadano crece frente a la ineeficacia estatal y la corrupción imperante. Frente a ello, figuras como Heberto Castillo adquieren notoria relevancia, no sólo por su crítica al autoritarismo, sino por su ejemplo de coherencia ética, integridad personal y visión de país.

La democratización en México ha sido un proceso largo, conflictivo y aún inconcluso. La transición no puede entenderse como un episodio culminado con la alternancia partidista en el año 2000, sino como una lucha continua por ampliar los márgenes de participación, garantizar los derechos humanos y construir una ciudadanía crítica (Woldenberg, 2000). En este proceso, el papel de los movimientos sociales ha sido fundamental. Como afirma Sergio Zermeño, los movimientos sociales son vehículos de politización desde abajo, que problematizan las relaciones de poder y plantean nuevas formas de representación más allá de los cauces institucionales (Zermeño, 1997).

La memoria política no es sólo una evocación del pasado, sino un instrumento para interpelar el presente. Como ha señalado Elizabeth Jelin (2002), la memoria colectiva cumple funciones identitarias y normativas, articulando el pasado con las luchas actuales por la justicia y la democracia. En ese sentido, el legado de Heberto Castillo debe recuperarse no como una romántica añoranza, sino como una manera de repensar los fundamentos éticos de la política contemporánea.

Hoy más que nunca, la memoria de esas luchas debe servir para evitar la regresión autoritaria y la descomposición del Estado por intereses partidistas sin escrúpulos o incluso por estructuras criminales que permean la vida cotidiana. La amenaza no es sólo el retorno de los sectores más retrógrados, sino como ha sucedido en los últimos años, la naturalización del pragmatismo político sin principios éticos, alejado de toda vocación transformadora.

Por ello, la transición política que aspira a ser democrática, no debe pensarse como un proceso lineal o irreversible, sino como un campo de disputa permanente, con avances y retrocesos, como un campo de conflictos y contradicciones permanentes. Por ello recuperar el pensamiento y acción política del ingeniero Castillo en los medios académico y político, implica también reivindicar a este último ámbito como un espacio de diálogo, de construcción colectiva y de defensa de lo público.

Desde la Historia, es posible y necesario contribuir al análisis crítico del presente, desde la reflexión académica y por ello se pueden edificar acciones concretas para integrar el estudio de los movimientos sociales y figuras como Heberto Castillo en los planes de estudio de Historia con dos finalidades, por un lado, contribuir al conocimiento desde dicho saber con una postura inter y multidisciplinaria y, por otra parte, formar a la vez profesionistas con una postura crítica e informada del pasado reciente de nuestro país

Así, por ejemplo, como propuestas de mejora se puede incluir una asignatura obligatoria sobre movimientos sociales en materias relacionadas a la Historia de México contemporáneo y analizar acciones colectivas desde 1940 hasta la actualidad; se puede organizar seminarios interdisciplinarios o eventos académicos (coloquios, encuentros estudiantiles) que permitan la vinculación entre Historia, Ciencia Política y Sociología para estudiar estos fenómenos sociales.

Asimismo, se pueden incorporar en los cursos de Historia política fuentes primarias (video, entrevistas o artículos de prensa) sobre líderes opositores como Heberto Castillo, Salvador Nava, Rosario Ibarra, etcétera para examinar histórica e historiográficamente su legado. Por otra parte, se pueden fomentar investigaciones estudiantiles (tesis, ensayos, ponencias) sobre estos movimientos sociales como procesos históricos complejos y finalmente se puede recuperar la memoria histórica de las fuerzas y expresiones de izquierda a través de proyectos universitarios que se vinculación con organizaciones civiles, fundaciones y archivos independientes.

Por lo tanto, incorporar el estudio de los movimientos sociales de manera central en los planes de estudio de la carrera de Historia en México, resulta una meta que no debe posponerse, pero no para sumar una materia más, sino para que este tipo de asignaturas confronten las maneras tradicionales en que se enseña la Historia en las universidades públicas, y con ello contribuir en la formación de historiadoras e historiadores más críticos, reflexivos y comprometidos con el muchas veces adverso presente.

Reflexión final

En el presente trabajo se recuperó la figura y legado del Ing. Heberto Castillo, un personaje muy valioso en la historia de México y de sus procesos de democratización política, con la intención de subrayar la relevancia de los movimientos sociales y sus principales actores. Lamentablemente es un personaje poco reconocido por las nuevas generaciones que no advierten la importancia de su persistente lucha durante varias décadas.

A través de su obra y legado proyecta numerosas posibilidades de estudio en el campo de las ciencias sociales en general y de los movimientos sociales en particular. En este sentido, una de las dimensiones que faltaba por profundizar es el campo de estudio de la Historia y la Historiografía, ya que la trayectoria política del Ing. Castillo atravesó importantes eventos históricos de nuestro país, en los que el también científico fue una figura protagónica.

La figura de Heberto Castillo, entonces, aparece asociada a la oposición política de la segunda mitad del siglo XX, por lo que la historia política reciente de México no se puede comprender sin la presencia de uno de sus representantes más admirables y constantes en dicho periodo de tiempo. Y es que, con el apoyo de sus adeptos, de las fuerzas partidistas que fundó y de líderes sociales con quienes colaboró (Lázaro Cárdenas, José Revueltas, Demetrio Vallejo, Valentín Campa o Cuauhtémoc Cárdenas) Castillo, si bien no pudo derrotar electoralmente al otrora

todopoderoso régimen priista, sí fue un factor determinante para contribuir en su declive.

En este horizonte, ya fuera en 1961, 1968, 1971, 1974, 1988, 1992, 1994, la figura moral de Castillo Martínez fue relevante para confrontar a un régimen político autoritario, represivo y consolidado como el priista. Con base en lo anterior, a partir de la trayectoria política del dirigente opositor veracruzano, se examinó su confrontación permanente a un sistema político autoritario y represivo desde su autoridad moral como dirigente opositor, al apostar por la creación de fuerzas políticas de izquierda.

Por ello, la construcción de la memoria histórica en México es un tema que debe debatirse ampliamente en los espacios universitarios, ya que desafortunadamente en varias universidades mexicanas, en sus programas de licenciatura en Historia, prevalece un enfoque eminentemente estructural e institucional, que prioriza la construcción y consolidación del Estado y de sus instituciones y de manera lamentable los movimientos sociales o las protestas colectivas aparecen como meros episodios desestabilizadores del orden, sin analizar de fondo su origen, organización y relevancia histórica.

La inexistencia de materias que versen sobre movimientos sociales, o la limitación de esta categoría en alguna asignatura optativa en los planes de estudio de Historia, refleja una formación incompleta en sus egresados, si bien su formación puede darles habilidades para conocer a detalle acontecimientos oficiales, al no existir asignaturas que fomenten la reflexión y análisis de fenómenos colectivos contemporáneos, se corre el riesgo de formar especialistas en archivos, pero no en los procesos sociales que vivimos cotidianamente.

Así, este trabajo pretendió ser un espacio abierto a la interlocución para puntualizar cómo, en estos tiempos convulsos y fracturados, es muy necesaria –diría hasta urgente– la recuperación de la memoria de nuestro pasado reciente para revisitar a personajes de nuestra historia política contemporánea, como Heberto

Castillo y examinar cómo se gestaron grandes luchas ciudadanas en contextos políticos antidemocráticos y autoritarios y que desafortunadamente han quedado en el olvido.

Referencias

- Alfie, M. (1995). Movimientos sociales y globalización, *Sociológica* 27 (10), 195-210.
- Bartra, A. (2013). *La revancha de los pueblos: Capitalismo, democracia y movimientos antisistémicos*. Ediciones Era.
- Bartra, R. (2010). *La sangre y la tinta: Ensayos sobre la democracia mexicana*. Océano.
- Beck, Ulrich (2006), *La sociedad del riesgo mundial*. Paidós.
- Camp R. (2018) *La política en México. ¿Consolidación democrática o deterioro?* Fondo de Cultura Económica.
- Castañeda, J. G. (1999). *La utopía desarmada: Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. Aguilar.
- Castells, M. (1997), *La era de la información. Volumen II: El poder de la identidad*. Alianza Editorial.
- Castillo, H. (1984). *Si me permiten hablar*. Ediciones Era.
- Castillo, H. (1987). *Sí hay esperanza*. Grijalbo.
- Cedillo, J. (2010). *Los del 68: Historia de una rebelión estudiantil*. Ediciones Era.
- Cohen, J., y Arato, A. (2000) Sociedad civil y teoría política. Fondo de Cultura Económica.

- Díaz-Polanco, H. (1997). *El proyecto político del zapatismo*. Siglo XXI Editores.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). (2010). *Documentos y comunicados (1994–2000)*. Ediciones Era.
- Fundación Heberto Castillo AC, <https://2022.fundacionhebertocastillo.org/>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y Locas*. UNAM.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Viejo Topo.
- Meyer, L. (2000). *El soberano y su reino: Una historia política del México posrevolucionario (1920-1988)*. Tusquets.
- Monsiváis, C. (2005). *No sin nosotros. Los días del terremoto. 1985-2005*. Ediciones ERA.
- Offe, C. (1992), *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*. Editora Sistema.
- Pappe, S. (2001), *Historiografía crítica. Una reflexión teórica* (colaboración didáctica de María Luna). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ramírez, M. (2016) *Movimientos sociales en México. Apuntes teóricos y estudios de caso*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rivero J. (2018) "Heberto Castillo. El político y el científico", *Revista electrónica*

Mainstream, 9 de abril. <https://laeramainstream.com/2018/04/09/heberto-castillo-el-politico-y-el-cientifico/>

Rivero J. (2004), *La búsqueda de una certeza. Análisis historiográfico sobre el discurso de Salvador Nava (1958–1992)*. Tesis de Maestría. Universidad Autónoma Metropolitana.

Smelser, N. J. (1995), *Teoría del comportamiento colectivo*. Fondo de Cultura Económica.

Tarrow, S. (1997), *El poder en movimiento Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial.

Tilly, C. (2010) *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Editorial Crítica.

Touraine, A. (1978). *La voz y la mirada: Sociología del movimiento social*. Alianza Editorial.

Woldenberg, J. (2000). *La construcción de la ciudadanía democrática*. Fondo de Cultura Económica.

Zermeño, S. (1997), *Movimientos sociales e identidades colectivas: México en la década de los noventa*. La Jornada-Universidad Nacional Autónoma de México.